

Rafael Solana

Un oficio que no cesa

Mario Saavedra

Narrador, dramaturgo y ensayista, Rafael Solana es un autor injustamente olvidado ya que su obra tiene una vigencia innegable para el México actual. Mario Saavedra aborda en el presente ensayo la trayectoria de este escritor mexicano que espera una verdadera revaloración.

A la memoria de Luis G. Basurto

En su acepción más amplia y generosa, “Humanismo” no puede ni debe entenderse como “altruismo” o “bondad”, como con ingenuidad suponen muchos, sino más bien como el hecho de verter todo esfuerzo de progreso y de desarrollo en bien de la humanidad, con el “Hombre” como centro motor, y el arte en sí mismo ha implicado, como bien escribió Gaston Bachelard, el más noble de los actos de progreso, de desarrollo y sobre todo de libertad. En el contexto de la literatura mexicana del siglo xx, Rafael Solana encarnó uno de esos escasos personajes que en nuestro país representan dicho Humanismo, en medio de un contexto de rampante agobio de la tecnocracia en el que la más acendrada especialización terminó por momificar al espíritu y al pensamiento, y en donde aquel ya lejano universo cultural renacentista que había dignificado al ser humano como centro mismo, gracias a la obra heroica y reveladora de personajes como Dante Alighieri, Leonardo da Vinci, Miguel de Cervantes y Erasmo de Rotterdam, ha resultado por ser una mera ilusión óptica y alimento de la desmemoria...

Rafael Solana, hombre modesto —no se puede adular una vida dedicada, en un mundo cada día más caó-

tico y menos selectivo, a enaltecer las letras nacionales—, opinó sobre el Premio Nacional de Lingüística y Literatura que se le otorgó en 1986: “Me lo dieron por la edad”. Puede que sea cierto, pero había detrás también una obra digna y sui géneris que lo respaldaba, una vida dedicada, desde su pubertad, a la lectura y a la escritura incansables...; los costales le servían para transportar los libros que su escuela primaria le prestaba. Eran ya casi sesenta años los que aquel ser entonces septuagenario había dedicado a producir una obra de enormes alcances estilísticos, y en la cual se vislumbra además un acucioso y enciclopédico conocimiento de los clásicos. Aparte de constituir un placer inefable, según el mismo Solana, la literatura se va convirtiendo en oficio y en vicio irrefrenables, “para terminar uno por leer todo lo que le cae en sus manos”, a partir de unos ojos que fueron perdiendo su brillo a fuerza de pasarlos sobre el papel, en un ejemplo más de esa imagen tan borgeana del saber babilónico.

Periodista —así se firmó siempre, y a mucho orgullo—, novelista, cuentista, poeta, dramaturgo y cronista de toros y de las demás artes, ya que siempre incluyó a la fiesta taurina entre éstas, a herencia de su padre



Xavier Villaurrutia, Calos Pellicer, Efraín Huerta y Rafael Solana

Rafael Solana “Verdugillo”, quien también fue un hombre de una calidez y una generosidad admirables; siempre lo diferenciaron de aquellas llamadas “vacas sagradas” a quienes su extensa erudición y su relativo éxito alejan de toda humildad. Él dedicó su vida entera a aprender los oficios literario y periodístico, para después legarlos generosamente a otras generaciones, como un auténtico maestro, en la más amplia acepción de tan prostituido término.

Su segundo mote por oficio fue el de dramaturgo, género dentro del cual produjo una obra amplia y diversa. Muchos de estos títulos fueron traducidos a otras lenguas y representados en otros países: *Debiera haber obispas* considerada por los críticos como la mejor y más exitosa de sus piezas, si bien él mismo prefirió siempre otras; *Pudo haber sucedido en Verona*, aleccionadora y divertida paráfrasis de la obra maestra de Shakespeare; *La isla de oro*; *La pesca milagrosa*; *Cruzan como botellas alambradas*, título tomado de un verso de Ramón López Velarde; su paráfrasis bíblica *El arca de Noé*; *Lázaro ha vuelto*, y entre sus últimas creaciones dentro de este extenso bálsamo de vivificantes comedias de corte clásico, *Son pláticas de familia* —alegre y no menos sui generis lectura del clásico de Zorrilla: *Don Juan Tenorio*, prodigio de fina versificación en el teatro moderno—, para terminar con su visionaria traslación goetheana *Las cuitas del joven Vértiz*. El teatro de Rafael Solana, según palabras de Luis G. Basurto, otro maestro de la dramaturgia nacional: “...enaltece, junto con los de Usigli y de Villaurrutia, la escena mexicana contemporánea”. Sus obras rebosan un humor ágil y mordaz, como las de sus grandes maestros de formación —a algunos les prologó nuevas ediciones y a otros los tradujo—, entre quienes resulta posible reconocer a Juan Ruiz de Alarcón (obtuvo este premio nacional, cumbre del teatro mexicano), Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderón de la Barca, Molière, Luigi Pirandello, etcétera. Como él mismo afirmó, el pesimismo únicamente lo atrapó

en la juventud, por lo que sus comedias siempre terminan proyectando optimismo y esperanza, sin llegar a ser un teatro momificado y simplista, sino, por el contrario, vital y declaradamente comprometido con la dignidad humana.

Sus novelas constituyen otro universo literario que, si bien para muchos críticos resulta menos sólido que el de sus cuentos, en cambio recrea con maestría y enorme conocimiento de causa innumerables ambientes. *El sol de octubre*, publicada en 1959, como homenaje en sus bodas de plata como escritor, matiza los diversos caracteres de una metrópoli tan compleja y tan vasta como la Ciudad de México. En sus nítidos espejos se proyectan los tipos humanos más disímiles en una jauría de malsanas equivocaciones. Conforman, junto con *La ciudad más transparente* de Carlos Fuentes y *Casi el paraíso* de Luis Spota, la gran tríada de la narrativa citadina mexicana de los años cincuenta. Otras más, como *Bosque de estatuas*, *El palacio Madero*, *La Casa de la Santísima*—lujo de expresión que estructura una honda lección de humanidad—, *Las torres más altas*, *Juegos de invierno*—aquí se vislumbran una sorprendente gallardía y un enorme valor periodístico—, refrendan tanto el fino olfato y la aguda capacidad de observación del narrador como la siempre discreta cultura enciclopédica del lector y el viajero incansables. Algunas más son de ambiente musical, como el de muchos de sus cuentos, y en otro terreno en el que Solana se movió con similar pasión y compromiso: *Vientos del sur*, que recrea el mundo de la ópera, otra de sus grandes pasiones.

En sus cuentos, género en el que alcanzó gran brillantez estilística, logró un equilibrio maestro entre la forma y el contenido: “Los santos inocentes”, “La trompeta”, “Sansón y Dalila”, “La herencia” y “El oficleido”, texto este último que es básico respecto a la evolución de la narración corta en México. Éstos dan perfecta cuenta de una imaginación y de una creatividad sorprendentes, además de un conocimiento y un uso maestros del lenguaje. Aquí estamos ante el artesano que construye sus personajes y tramas, los más de éstos tan insólitos en su naturaleza como admirables por cuanto consiguen provocar en el interior del lector; pero también nos encontramos ante el fino relojero que ensambla las piezas con conocimiento y habilidad doctos, en el lugar y en el tiempo oportunos para que la máquina de la ficción se mueva sin ruidos ni costura visible alguna.

El ensayista no desistió jamás en su oficio por ejercer la crítica certera y verdaderamente aleccionadora, constructiva, ya fuera literaria o sobre cualquiera otra de las tantas labores artísticas que abordó con tino y sabiduría: la música, la ópera, el cine, las artes plásticas, la gastronomía, el arte de Cúchares, el arte del viajero

sabio y sensible, en fin, con el talento y la agudeza de ése en sí mismo gran arte del ensayo que desde Montaigne alcanzó su mejor y más auténtica denominación de género independiente y autónomo. Sus ensayos son varios y diversos, y los temas sobre los que tratan (música y literatura, la mayoría): *Leyendo a Loti*, *Leyendo a Maugham*, *Leyendo a Queiroz*, sobre tres grandes polígrafos y maestros de la narración en sus respectivas lenguas, que Solana conoció y disfrutó a fondo: el francés, el inglés y el portugués; u *Oyendo a Verdi*, donde consigue transmitirnos su enorme y gozosa pasión por el mundo mágico de la ópera y en particular del gran genio musical y teatral de Le Roncole. Y su placer inefable ante la literatura o la música sobre las cuales escribió, lo transmite, en un impulso hedonista y propio como un espléndido maestro.

Rafael Solana tuvo en el periodismo otra de sus mayores tribunas, que ejerció con no menos admirables maestría y vocación, en diversos géneros y múltiples espacios de los más importantes del país, donde hizo escuela y dejó una huella imborrable. Sin embargo, no he conocido escritor más orgulloso de cargar siempre su estafeta de periodista, hecho ya muy meritorio. Entre las muchas enseñanzas que legó generosamente a las nuevas generaciones, fue su aguda conciencia de lo que representan los oficios literario y periodístico, que siempre asumió con sobrado talento y vocación. Memorable es aquella experiencia suya, por él mismo contada, sobre cómo cambió su postura ante la crítica —que ejerció desde muy joven y en diversos ámbitos de la creación, incluida, por supuesto, la fiesta taurina— con la coincidencia de que días después de la publicación de una severa crítica de “José Cándido”, como firmaba, en torno a la actuación de un joven novillero, éste se suicidó...

Su faceta poética es una de sus expresiones más íntimas, en la que muy bien se translucen algunos de

los valores más permanentes y determinantes en la obra de Rafael Solana. Fue sonetista de enormes vuelos e hizo de esa estructura poética una de sus etapas más vivas, precisamente, cuando fundó junto con Octavio Paz y Efraín Huerta, la revista *Taller*, la generación más importante del siglo después de la de los Contemporáneos:

Todo horror, toda muerte, todo grito,
toda sombra y negror, toda demencia
remontan mi tortura al infinito;
en mi sangrante pecho no hay carencia
de llaga o de puñal que haga exquisito
más aún el incendio de su ausencia.

Rafael Solana fue artífice de una enérgica voz, que se manifestó en los más diversos lenguajes, y como él mismo lo expresó en uno de sus últimos artículos de fondo escritos para la revista *Siempre!*—en la cual estuvo desde que la fundó don José Pagés Llergo y hasta la muerte del escritor, acaecida en septiembre de 1992—, fue leal y auténtico en sus convicciones, en su forma de creer en la amistad, en el cariño y la aceptación de los demás y de lo que éstos hacen. La generosidad de este hombre, ajena a las manidas apatías y envidias del medio —Luis G. Basurto, otro ejemplo de generosidad, hablaba de un “perpetuo canibalismo literario”—, fue una de sus banderas, por lo que contó siempre más amigos que enemigos. Sus viajes, siempre apegados a una sed por aprender y vivir, fueron el epílogo de sus lecturas, de las que todos los que a él nos acercamos, mucho aprendimos. Aprendimos la dicha de conocer, pero la superior de compartir. **U**

Texto incluido en el libro de próxima aparición *Rafael Solana: Escribir o morir* de Mario Saavedra, publicado por la Universidad Veracruzana.



Jorge Mistral, José Mojica, Rafael Solana, Chema Lozano, Pedro Vargas y Sonia Amelio



Antonio Robles, Rafael Solana, Alfonso Gaona y Silverio Pérez